

Pedro Lemebel

Roger Bernat

Voy a aprovechar estos minutos antes de ir a coger el metro para escribir este artículo que saldrá estresado y confuso como mi estado de ánimo. Un artículo que hable del asilo de actores jubilados en el que entré a trabajar hace una semana. He pedido una habitación para intentar hacer un espectáculo con los viejos que aquí se hospedan.

El asilo está en un caserón señorial en el barrio de las embajadas de Budapest. Me invitan a entrar desde el interfono y la verja del jardín se abre con un zumbido. La puerta de servicio da directamente a un ascensor. En el tercer piso hay un saloncito que no parece usarse y largos pasillos que dan a las habitaciones: puertas cerradas y parloteo de televisores. Camino por esos pasillos interminables sin cruzarme con nadie hasta que doy con la habitación. Allí una anciana me acompaña a un salón en el que unas enfermeras me sirven una jarra de té. Salones alfombrados con lujosos muebles, vitrinas con fotografías y objetos que pertenecieron a la fundadora del asilo y en cada salón un televisor encendido que suelta un capítulo silencioso de Star Trek.

Los inquilinos del asilo son antiguos actores, cantantes de ópera y magos que algún día hicieron desaparecer conejos. Hace años eran aplaudidos, amados e imitados por los niños que les pedían autógrafos. Ahora se alaban con sorna los unos a los otros como si fueran los únicos espectadores de su particular teatro.

Mientras hablamos entrecortadamente al ritmo de la traducción me imagino diversos espectáculos en los que estos viejos actores se suben el escenario para contarnos renovados dramas. Los imagino mostrando fotografías de sus hazañas mientras vamos descubriendo el transcurso de sus vidas. Tantas biografías como actores en el escenario. Los imagino con retazos de algún viejo vestuario recitando fragmentos de sus grandes papeles: un Hamlet de 88 años dudando ante una Ofelia de 83. Un antídoto contra la bobaliconería del amor adolescente que ha invadido nuestros corazones. Los imagino recordando los paisajes por los que viajaron en sus giras europeas mientras reconstruyen los paisajes de la historia de Budapest y de toda Europa. Y los imagino también en el escenario haciendo gimnasia, cantando canciones y agitando banderas preparándose para la revolución. Peter pregunta de qué revolución se trata. Nos quedamos un momento callados pensando la mejor respuesta. La única revolución que vale la pena es la revolución contra la muerte. En el asilo echan vítores y empiezan a construirse barricadas.

Dentro de un par de horas se estrena el espectáculo pero ninguno de los actores va a poder participar. Szusza, la Piaf húngara, no es capaz de cantar si no es en playback, Peter ha sufrido un pequeño derrame esta mañana y Evetke dice que nunca fue actriz y que quiere seguir siendo espectadora. No importa, la revolución esperará a mejor ocasión.

Apago el ordenador, me visto y voy al lugar de encuentro con el público. Es una presentación informal tras una semana de ensayos. Alguno de los jubilados asistirá a la presentación con traje de terciopelo y peluca recién planchada.

Pensé que los viejos del gran Este de Europa serían los únicos dispuestos a emprender la verdadera revolución. Pensé que tenían el tiempo suficiente y estaban lo suficientemente apartados del ridículo vaivén de las actualidades políticas para llevar a cabo la confabulación. No será esta vez.

No importa, en el Oeste, en Chile, Pedro Lemebel ha publicado "Adiós, Mariquita linda" que ahora edita en España Mondadori. Es mi pequeño antídoto de la semana contra el rumor mortal de la estrechez masculina. Su prosa es tan musculosa y ligera que atesora la posibilidad cercana de la Gran Revolución.